



De la Revolución a la muerte de Lenin (1928-1924)

JOSÉ ANTONIO MONTERO JIMÉNEZ. Universidad Complutense de Madrid

Cuando el 8 de enero de 1918 el presidente de Estados Unidos explicitó en *14 puntos* sus objetivos de guerra, lo hizo, en parte, impulsado por declaraciones de Lenin a favor de una paz democrática. Que el líder de un partido que acababa de alzarse con el poder en Rusia condicionara los actos de Woodrow Wilson da idea del potencial desestabilizador que, en el contexto de la contienda mundial, habían adquirido las doctrinas revolucionarias. No en vano, las mismas condiciones que propiciaron el derrocamiento de los zares –inestabilidad política, escasez de recursos, hastío de la guerra...– se daban, en mayor o menor grado, en el resto de países europeos. Ya en 1919, firmado el armisticio, el modelo bolchevique inspiró revoluciones fallidas en Hungría, Berlín o Baviera. Mientras, en lugares tan dispares como la España del *pistolero* o la Norteamérica del primer *terror rojo* se desataron oleadas de huelgas y violencia política, que para las elites testimoniaban el peligro del comunismo. Irónicamente, su fuerza en el exterior contrastaba con la incapacidad del recién creado Consejo de Comisarios del Pueblo (diciembre, 1917), dentro de la propia Rusia, para afianzar su autoridad y afrontar los problemas más acuciantes. La mala gestión de los abastecimientos, que subyacía a las manifestaciones masivas de 1917, acabó derivando, en 1918-1929, en una hambruna capaz de provocar la muerte de ocho millones de personas, a las que deben sumarse los quince millones de fallecidos en la contienda y los millares que caerían fruto de la represión sistemática del nuevo Estado. Rusia vivió la revolución –en palabras de Karl Schlögel– como un exceso de tragedia dentro del exceso.

Los bolcheviques llegaron al poder con objetivos claros, pero sin los medios para hacerlos posibles. A ojos de Lenin,

las instituciones del Estado constituían un mero instrumento de centralización y control al servicio de una idea: la construcción de una sociedad sin clases, previa aniquilación del Estado burgués. En su camino se cruzaban los mismos obstáculos que habían derrumbado a Kerensky. En primer lugar, el vacío de autoridad, no cubierto desde febrero de 1917, y agravado, sobre todo, en los rincones más alejados de Moscú o Petrogrado, por las deficientes comunicaciones. Los campesinos, obreros e incluso simpatizantes bolcheviques que se hicieron con el control de muchos sóviets locales tenían en ocasiones interpretaciones muy personales del significado de la Revolución, y no siempre se plegaban a las instrucciones de Moscú, convertida en capital en marzo de 1918. En segundo lugar, el grupo de Lenin era uno más, y no el mayoritario, de los que se disputaban la primacía en el antiguo imperio. En las elecciones a la Asamblea Constituyente de noviembre de 1917, la fuerza más votada –38%– fueron los social-revolucionarios, de los que solo una parte secundaban a los bolcheviques, que se hicieron con un 24% del electorado, y procedieron enseguida a clausurar la institución recién elegida. Por último, el liderazgo de Lenin era contestado también dentro del partido bolchevique, donde en 1919-1920 surgieron dos corrientes de oposición: los centralistas-democráticos, recelosos de la excesiva concentración del poder en unas pocas manos, y la oposición obrerista, convencida de que se estaban relegando los intereses de los trabajadores fabriles.

Fue la serie de guerras civiles desarrollada en Rusia entre 1918 y 1922 lo que hizo posible la construcción del nuevo Estado soviético y el afianzamiento en el poder de los bolcheviques, en parte gracias a la gestión de León Trotsky, nombrado Comisario para Asuntos Militares en marzo de 1918. La

contienda borró de la escena, progresivamente, a todos los enemigos de los soviets, comenzando por las potencias extranjeras. La humillante paz de Brest-Litovsk (marzo de 1918) no desligó a Rusia de las consecuencias de la Gran Guerra; Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos y Japón intervinieron militarmente en varios lugares, en parte para defender sus intereses frente a supuestas maquinaciones alemanas, en parte para apoyar a los enemigos del bolchevismo. Su fracaso les instó a retirarse a lo largo de 1920, y a contemporizar con las nuevas autoridades rusas. Se rompían con ello las esperanzas comunistas de internacionalizar la revolución, pero se obtenía la oportunidad de asentar el dominio sobre Rusia. El Ejército Rojo acabó igualmente con las tropas reclutadas por los social-revolucionarios, la Polonia del mariscal Józef Pilsudski –guerra polaco-soviética (1919-1922)–, y los generales que –como Anton Denikin o Alexander Kolchak– conformaron la llamada Rusia Blanca, cuyos cambiantes objetivos fueron desde la vuelta a la situación de provisionalidad previa a octubre de 1917, hasta la constitución de una fuerte dictadura militar.

Con el avance de sus soldados, los bolcheviques pusieron en práctica el llamado “Comunismo de guerra”, un eufemismo que aludía al establecimiento de un férreo dominio. En enero de 1919 nacieron dos órganos del partido llamados agilizar la toma de decisiones: el Orgburó –para asuntos internos– y el Politburó –para cuestiones políticas, militares y económicas. Este último acabó sustituyendo de *facto*, como máxima autoridad gubernamental, al Consejo de Comisarios; en 1920 se acabó con las disensiones al quedar prohibida la conformación de tendencias. Las áreas reconquistadas fueron, asimismo, objeto de una despiadada represión de los enemigos políticos, desarrollada parcialmente por la temida policía política de Félix Dzerzhinski: la Cheka, establecida en diciembre de 1917. Las fábricas se colocaron bajo el estricto control de funcionarios del partido, más preocupados por preservar la disciplina que por acrecentar la eficiencia. En el campo, se requisaron sistemáticamente las cada vez más magras cosechas, para establecer un sistema de racionamiento que privilegiaba a los amigos y castigaba a los poco leales. La utilización politizada de los aprovisionamientos marcó las difíciles relaciones de los bolcheviques con la ayuda prestada entre 1920 y 1922 por la Administración Americana de Alimentos, dirigida por el futuro presidente estadounidense Herbert Hoover. Como colofón de este proceso de reestructuración, el 30 de diciembre de 1922 nació oficialmente la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, que en señal de respeto por las peculiaridades de Ucrania, Bielorrusia, Georgia, Armenia, Azerbaiyán, etc., adoptó la forma de un Estado federal. Nada de ello impidió la consolidación del proceso de centralización de la autoridad en torno a Moscú.

Junto al “nuevo Estado” se buscó la constitución de un “hombre nuevo”, privado de todo vestigio individualista y puesto al servicio exclusivo del proyecto soviético. Se cercenó la influencia de toda institución o grupo susceptible de mitigar la lealtad a los líderes de la revolución, como la Iglesia Ortodoxa. Entre 1922-1923 fueron asesinados un total de

7.100 clérigos y 3.500 monjas, dentro de una campaña de terror que no borró la piedad popular, pero sí sus manifestaciones públicas. Se conminó a la *intelligentsia*, a cambio de privilegios materiales y sociales, a poner sus habilidades al servicio de la causa bolchevique, o a sucumbir al ostracismo. Muchos creadores de vanguardia, como el escultor Marc Chagall, el cineasta Sergéi Eisenstein o, algo más tarde, el compositor Dimitri Shostakovich, hicieron de su arte un instrumento de la propaganda revolucionaria, solo para ver cómo, con el paso del tiempo, su creatividad era cercenada por los gustos convencionales y la visión servil del artista potenciados desde Moscú. Entretanto, la fusión de las instituciones del partido con las del Estado posibilitó que su propaganda y sus actos condicionasen la vida de los rusos en todos los campos: desde las estructuras familiares hasta la organización del trabajo en las fábricas. Todo ello envuelto en un ambiente de emergencia militar que traspasó las barreras cronológicas de la guerra civil.

Los cambios radicales y la persistente carestía provocaron el estallido, a lo largo de 1920, de revueltas campesinas –como la de Tambov, a medio camino entre Moscú y Volgogrado– e insurrecciones militares, como la de los marineros de Kronstadt, en el golfo de Finlandia. A comienzos de 1921 Lenin no vio otra opción que la renuncia temporal a una parte del programa económico socialista: la Nueva Política Económica (NEP) combinó la explotación estatal de grandes empresas y servicios con la persistencia de la pequeña propiedad agrícola y un cierto mercado libre. Por mor de la eficiencia, se permitió la explotación de recursos naturales por parte de contratistas extranjeras, a la par que se autorizó la importación masiva de tecnología y personal especializado no ruso. A finales de la década de 1920, el 80% de los tractores que operaban en Rusia habían salido de las plantas de Ford, que en 1929, ya durante el primer plan quinquenal, colaboró en la construcción de una planta de automóviles. En 1930 trababan en Rusia dos mil ingenieros y técnicos americanos.

Los debates en torno a la NEP y a la estructura formal de la URSS dejaron traslucir importantes diferencias de criterio dentro de la cúpula del partido, que tiñeron los últimos años de vida de Lenin, cuya salud se deterioró de forma irremisible a partir de 1922. Convaleciente en Gorki –a unos 10 km. de Moscú– se disputaron su favor Trostky y Stalin, en un peligroso juego de poder con otros miembros del Politburó, como Lev Kamenev y Grigori Zinóviev. El reforzamiento, centralización y hermetismo del partido lo condenaban a una lucha por la primacía cada vez que aparecía un vacío en lo más alto. Aunque no tardaría en arrepentirse de su acción, Lenin ayudó a Stalin a ganar una baza nada despreciable: la Secretaría General del Partido, a la que accedió en abril de 1922. Cuando en enero de 1924 se produjo la muerte del primer líder soviético, Trostky y Stalin disfrazaron su enfrentamiento como una disputa por el legado de Lenin, que en el proceso se convirtió en objeto de veneración quasi-religiosa, con su cuerpo embalsamado exhibido dentro de un espectacular mausoleo en la Plaza Roja, y la antigua capital báltica de los zares rebautizada en su honor. ■